

CAPITULO XLIV.

PRISIONEROS DE GUERRA.

El Sr. Cermeño que era el jefe de la fuerza de línea mejor organizada que nos dió la sorpresa de Charco Escondido, me trató con las mayores consideraciones, haciendo por tranquilizarme con su grata conversacion, informándome luego que el general Rocha con sus tropas estaba todavía á quince leguas de distancia y que los que nos habian dado aquella carga inesperada, eran nada menos que los generales Treviño y Naranjo.

—¡Ah! exclamé sintiendo iluminado mi espíritu por todo el esplendor de la verdad ¿y las avanzadas que estaban puestas por el camino de Monterrey?

—Fueron cortadas y hechas prisioneras, porque nosotros nos acercamos á este punto atravesando el monte.

Me preguntó entonces la causa del descuido en que fuimos encontrados, á lo que le contesté que no esperábamos ser atacados por aquellas fuerzas á las cuales considerábamos cuando menos imparciales en la cuestion ya que no fueran nuestras aliadas como lo afirmaba D. Pedro Martinez.

Caminábamos pié á tierra por en medio del campamento en el que tropecé con varios cadáveres y con una muchedumbre desordenada de los vencedores que á cada momento nos amenazaban con maternos, ébrios como estaban por el vino y el contento de su fácil victoria.

—¿En donde se encuentra el general Treviño? pregunté á un individuo de mala catadura que iba montado en uno de mis caballos y en mi propia silla.

—Allí, me contestó indicándome uu grupo en el centro del campo.

Y al volvernos la espalda vi que llevaban tambien mi maleta y una pistola del general Martinez.

Dimos unos cuantos pasos para aproximarnos á donde estaba el general Treviño, todavía montado dando sus órdenes.

Cermeño se le aproximó á darle parte de la buena presa que habia hecho, notándose en su fisonomía placentera el gusto que esto le causaba. Treviño tambien se manifestó gozoso de verme en aquella condicion y dirigiendo su caballo hácia donde yo me habia quedado esperando que decidiese sobre mi suerte, me dijo con aire zumbon.

—¡Ola amiguito, ya cayó vd.

No contesté una palabra.

Entonces me enderezó una dura reprimenda, afeando nuestra conducta por haber penetrado al Estado de Nuevo Leon, cosa que nos tenía prohibida, por cuya falta bien merecíamos el castigo que nos habia impuesto desbaratando nuestras chusmas.

—A fé que si hubiéramos podido defendernos, pensaba en mi interior, no dejaria que el jefe vencedor se desahogara cuanto quisiera.

Cuando concluyó de dirigirme aquel sermon le dije desentendiéndome de todas sus injurias.

—Soy prisionero de vd. general, y estoy á sus órdenes.

—¡Siempre mogigato! murmuró entre dientes y dispuso que se me condujera á un jacalon que se habia escogido para encerrar á los prisioneros, el cual estaba completamente rodeado de tropas.

Allí me encontré al coronel Andrés Martinez hermano del general y á otros cincuenta y tantos oficiales que habian sido tomados prisioneros. En la clase de tropa habia unos 300 que estaban afuera del jacal en el centro de un cuadro compacto de centinelas.

Las noticias que estuvimos recibiendo fueron desgarradoras: el general Sierra, el pagador Valle y algunos otros de nuestros compañeros, habian sido alcanzados y muertos. El monte, segun los informes que nos llegaban estaba lleno de cadáveres. Por ese mismo monte habian hecho su retirada los generales Hinojosa, Martinez y Toledo y los coroneles

Orellana, Ignacio Martinez, Chasco, Santa Cruz y otros.

Teníamos una hora de estar en aquella prision provicional, cuando oímos un tiroteo y el oficial que mandaba la guardia entró con esta, ordenando que nos formásemos para fusilarnos: tenia estas instrucciones en caso de cualquiera alarma que pudiera favorecer nuestra fuga, tanto mas cuanto que nuestros prisioneros soldados rasos empezaron á dar gritos y á querer forzar la prision.

Por fortuna el alboroto cesó pronto y todo volvió á quedar tranquilo.

El alboroto provino de que Emilio Parra volvia con su fuerza de una expedicion y se introducía al rancho creyendo que estaba todavia ocupado por las fuerzas de Pedro Martinez. Si aquel jefe, sabedor de lo que habia acontecido hubiese dado un ataque combinado con Abraham García, de seguro que hubiera dado á Treviño una sorpresa tan completa como fué la nuestra, pero el fué el sorprendido al verse recibido á balazos y se vió precisado á huir en desorden.

La contraseña adoptada por las fuerzas de Treviño, fué una ramita de huizache muy verde que todos traian colocada en el sombrero, asi es que en los momentos de confusion entró á nuestro cautiverio una mujer varonil, esposa de Abraham García, á quien todos llamábamos la Güera, la que me dijo, entregándome una de aquellas ramitas.

—Póngasela en el sombrero y sálgase, afuera lo espero.

Lo hice instantáneamente y salí de la prision casi detrás de ella. Los centinelas no me marcaron el alto al ver que llevaba la contraseña, creyéndome oficial de los suyos. Anduve durante cinco minutos yendo de aquí para allá sin decidirme á tomar ningun partido. Meterme en el monte era sumamente peligroso porque allí andaban los de Treviño buscando dispersos y botin. Los jacales del rancho estaban todos ocupados. Los caminos, veredas y direcciones, me eran totalmente desconocidas. La Güera que me habia ofrecido llevarme, muy conocedora del terreno, se habia ausentado sin duda para reunirse á su marido... entonces consideré que acaso era mas prudente permanecer entre los prisioneros, toda vez que era inútil pensar en la huida y regresé á reunirme con mis compañeros. ¿Hice mal? seguro que no, supuesto que vivo todavia y que en el caso de haber intentado separarme de aquel campamento, de seguro, sin que cupiera la menor duda, pronto iba á ser alcanzado y muerto.

Al oscurecer fuimos trasladados á una casa de terrado que ofrecia mejores condiciones de seguridad y allí se me presentó el Sr. secretario de Naranjo, Lic. Emeterio de la Garza, preguntándome lo que se me ofrecia. Aunque mi situacion era de las mas desesperadas, la presencia en mi prision de una persona decente é ilustrada me dió ánimo, atreviéndome á pedirle un catre de campaña, puesto que yo habia perdido el mio y todo lo que componia mi humilde equipage. El Lic. de la Garza me cayó muy

bien, tanto porque desde que fuera aprehendido hasta aquel momento, no habia tratado mas que con gente que se acercaba mucho al estado primitivo; como porque ese caballero es bastante simpático, tiene finas maneras y distinguida educacion. No he llegado á estrechar amistades con Emeterio de la Garza, pero nos hemos visto bien desde entonces, faltando, se puede decir, la ocasion, que viniera á procurarnos la intimidad.

Cumplió fielmente mi encargo y me mandó además una humilde cena, que era lo que podia proporcionar aquel rancho. Recuerdo que como nos habian dicho que en la madrugada habia de fusilársenos, todos los prisioneros nos sentíamos con poco apetito, y aún á alguno oí decir, que sentia la comida como hilacha que se resistia á la masticacion.

La noche fué cruel, tanto por el calor aumentado con la reunion de sesenta personas agrupadas casi unas sobre otras en una habitacion pequena, como por las frecuentes irrupciones de soldados que iban á ejercer vigilancia sobre nosotros y mas que á eso á satisfacer el gusto de causarnos molestias, haciéndonos desear que llegara pronto el dia para salir de penas.

El dia pareció en efecto tan triste como la noche, llenándonos de nuevas zozobras, pues se presentó una nueva guardia haciéndonos el oficial que la mandaba formarnos en hilera para pasarnos lista. Yo aparecia como el gefe principal y á mi se me encomendó la tarea de repartir treinta pesos entre to-

dos á razon de cuatro reales por cabeza, dándose me atribuciones de cabecilla en la prision. Desde aquel momento todas las órdenes, lo mismo que todas las molestias se entendieron conmigo.

Cuando empezó á alumbrar el sol se nos vino á formar de nueva cuenta y se nos sacó de la prision entre dos hileras de soldados.

—¡Ya nos van á fusilar! dijo uno de los prisioneros, difundiendo con esa imprudencia un indecible terror entre los demás.

No se trataba de eso todavia, sino de subírsenos sobre unos carros que se habian embargado para emprender la marcha.

—¿Y á donde vamos? preguntó uno de los nuestros á un oficial.

—A encontrar á Rocha para entregarle á vds.

Nuevo motivo de pánico entre los prisioneros.

Cuando nos vimos en el camino en medio de la extraña columna de Treviño, formada en su mayor parte de las veintenas de rancheros, que ofrecian un espectáculo bastante curioso, uno de los nuestros dijo:

—Este es el camino para Monterrey....

Y la alegría se apoderó del espíritu de los prisioneros, en grado tal, que á los pocos momentos empezaron á cantar y á dar otras muestras de satisfaccion.

Andrés Martinez iba herido y á el y á mí nos permitieron ir sobre una caja en el carro mas pequeño, acompañados solo de otros ocho prisioneros.

El resto que eran unos cincuenta iban todos agrupados en el otro carro.

Habríamos andado á lo mas una ó dos leguas, cuando nos detuvimos cerca de un rancho que tiene por nombre "El Lobito."

—¿Que hay? preguntamos.

—Aquí vamos á esperar á Rocha, nos dijeron.

Nuevo motivo para dar lugar á zozobras.

En efecto, á eso de las diez de la mañana, vimos llegar un gran trozo de caballeria de línea, la cual se conocia por la faja negra que hacia dibujarse en el horizonte y luego se nos dijo que en efecto acababa de aparecer el general Rocha al frente de ochocientos caballos. Y como nos afirmaron que allí íbamos á acampar establecimos nuestros alojamientos debajo de los carros, buscando una poca de sombra, porque la llanura en donde habíamos hecho alto, estaba completamente al descubierto. A las diez abrasaba el sol como si nos encontráramos en la playa mas ardiente.

Diez minutos despues aparecieron delante de nosotros Treviño y Rocha seguidos de varios oficiales vestidos todos de colorado. Se nos mandó formar en fila y por lista se nos obligó á ir dando dos pasos al frente. El primero que se pronunció fué mi nombre: Rocha no me conocia, me examinó dos segundos y en sus ojos pude leer mi sentencia de muerte. Cuando se llegó el nombre de Texxié le recordó la mala partida que le habia jugado en San Luis ofreciéndole que iba á pagársela.

Concluyó la lista y se retiraron los generales quedándonos los prisioneros sumidos en la mayor consternación. Las noticias que nos llegaron sucesivamente fueron estas: Rocha pedía que se le entregaran todos los prisioneros para fusilarlos, pero Treviño y Naranjo se negaban, alegando que ellos eran los que habían alcanzado la victoria de Charco Escondido. Rocha desistía de su primer empeño y se conformaba con la mitad, en la inteligencia de que tenía órdenes del gobierno comunicadas por conducto del ministro Ignacio Mejía para fusilar á cuanto revolucionario pudiera atraparse. Treviño y Naranjo seguían oponiéndose á semejante carnicería.

A eso de las doce del día en que se repartió el rancho á la tropa y á los prisioneros, vino á establecerse una poca de calma: los generales estaban almorzando en la casucha principal del rancho que estaba á un kilómetro de distancia, y á nuestros oídos llegaban los acordes de la música que estaba tocando.

Durante la comida seguía platicándose sin embargo sobre el mismo tema, y aunque Rocha iba haciendo baja, respecto del número de prisioneros que pedía para el sacrificio, porque era indispensable para dar gusto á Juárez como si fuera un dios Huitzilopochtli que algunas víctimas se le inmolaran, no quitaba el dedo del renglón, figurando á la cabeza del pedido mi nombre y el de Texxié.

Nos encontrábamos, pues, los prisioneros de guerra en la mayor incertidumbre, y aunque habíamos

dos ó tres que inventábamos proezas para reanimar la moral y el buen humor, nuestros esfuerzos se estrellaban ante el terror que ya se había apoderado del ánimo de nuestros compañeros.

Por fin, vimos acercarse á un oficial, que era nada menos que Buzo, ayudante de Rocha, con un papel en la mano y seguido de unos treinta *cuerudos* (soldados vestidos de pieles) armados con carabinas de á doce. El oficial de la guardia que nos custodiaba *inmediatamente*, recibió el papel, lo examinó un momento, y encaminándose á los carros con voz enérgica pronunció mi nombre. todos los presos esperaban que continuaran, ¡nada! yo fui el único escogido entre los demás.

Cogí mi sombrero y me despedí de mis compañeros: casi todos lloraban. Me aproximé á Buzo y me pareció que también estaba enternecido.

Cuando le pregunté con cierta negligencia:

—¿Van á fusilarme?

—Si, me contestó, cubriendo una densa palidez todo su semblante.

—Pues vamos, capitán, le dije entonces, colocándome en el centro de la escolta. Estoy á sus órdenes.